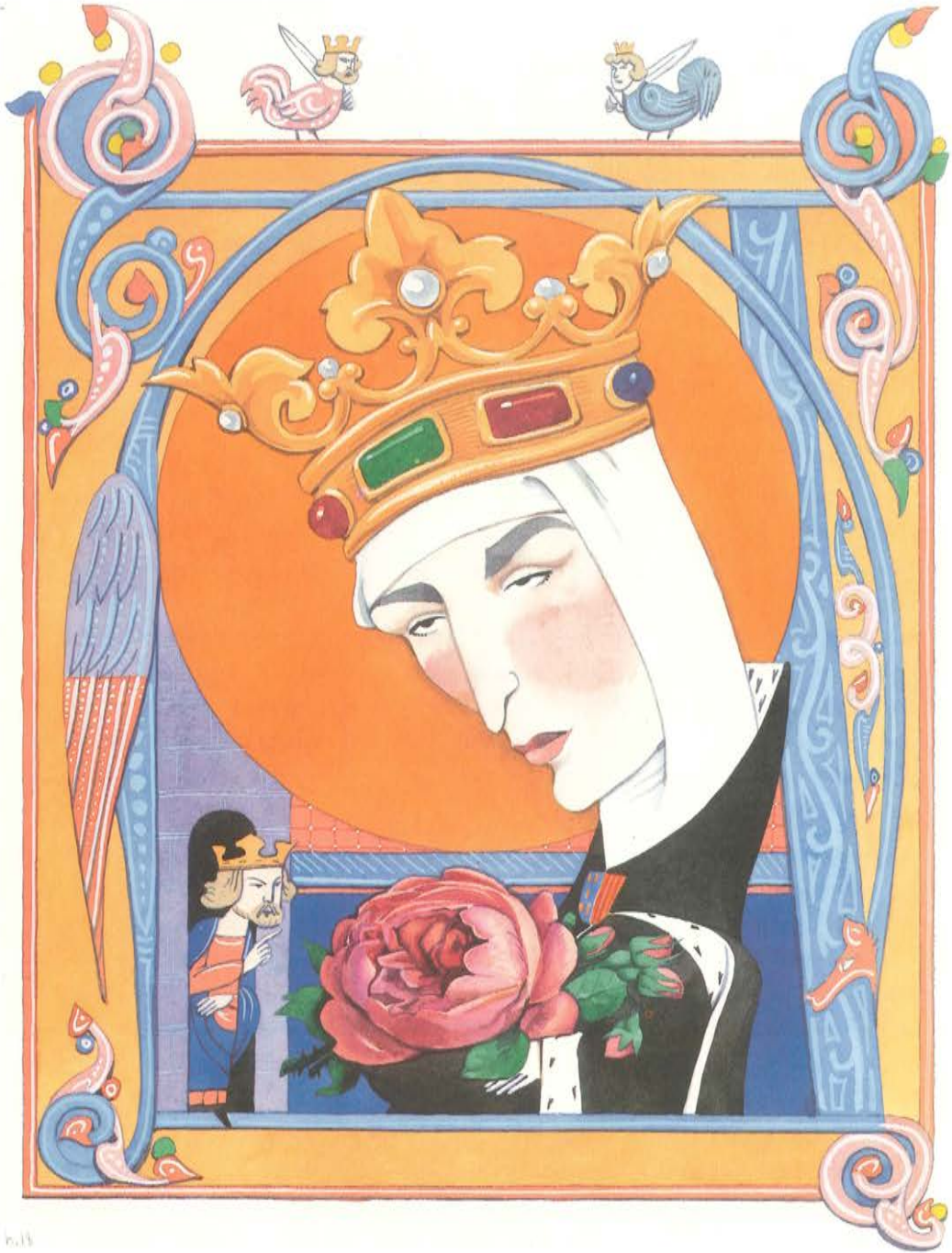


# ISABEL DE PORTUGAL, UNA ALONDRA DE PIEDAD



ngel de la paz. Así la bautizaron aquellos trovadores que paseaban la cítara y las vihuelas por los descampados de Estremoz. Antes de que se convirtiese en reina de Portugal, los rapsodas ya anunciaron que brillaba en sus ojos la radiante aurora de los días eternos. Acostumbraban a entretener sus caminatas ponderando la extremada belleza de la infanta Isabel, que superaba en fineza y expresividad a la de su madre Constanza, elogiada con verbo florido por Dante; realizaban sus encantos, el blancor de sus mejillas, su cuello altivo de garza, la gracia y donosura de su esternón y un halo de pureza que arrastraba tras de sí la mirada de los príncipes, de los caballeros ociosos y de los mensajeros de Oriente. Nadie le regateaba lisonjas. En todas las composiciones y romances siempre había un acento especial para narrar el solícito amor que le profesaba su abuelo, el rey Jaime I *El Conquistador*, quien solía llevarla con él de cabalgata por los playeríos y arrozales del Mediterráneo y por los naranjales de Valencia. Y, sobre todo, abundaban en su inclinación hacia la plegaria, el ayuno y la mortificación. Poseía un talento natural para la música, entonaba el canto gregoriano en las cámaras regias con sus maestros de oratorio y jugaba con sus hermanos en el vergel de la Azuda, en el jardín de las calabazas y las hortensias violáceas. Aunque había nacido en el Palacio de la Aljafería en 1271, no regresó a él hasta la coronación de sus padres, Pedro III *El Grande* y Constanza, cinco años después. Aseguran los cronistas que tanto en la ceremonia de la catedral de La Seo como en las fiestas ruidosas en su fortaleza, amenizadas con justas, desfiles de vestuarios y grandes comilonas, no pasó desapercibida su vaporosa hermosura ni su discreción. ¡Cuántos infanzones, heraldos y esbeltos herederos se quedaron prendados de su prudencia, de aquella ausencia de afeites y de artificio, de su espontánea insignificancia! Algunos volvieron a las dos semanas a solicitar su mano para sus soberanos y otros, con el corazón descuartizado por una pasión imposible, regresaban periódicamente con el único afán de verla corretear por el patio de los estanques, entre los cisnes y las ocas, o asomarse al torreón que se elevaba desde el foso de las



ranas. Creían que su sola presencia era un antídoto contra la angustia. Un modo de cultivar la melancolía y de olvidarse de los estragos de las guerras.

Su padre consideró que era conveniente que se desposara en Portugal. Había recibido toda suerte de ofertas de los reyes de Sicilia, Francia e Inglaterra; el propio emperador de Oriente envió un séquito con dádivas y alhajas. Pero las emergencias de estado primaban sobre los temblores del alma. Declaran sus hagiógrafos que la niña nunca pensó en el matrimonio, sino que soñaba con la soledad de los claustros y con el silencio de las celdas de un convento. Le tocó en suerte Don Dionís, un joven apuesto, gallardo y varonil. Pero también sensible y refinado. Congeniaba con el vulgo porque sabía proteger a sus vasallos con lealtad y sin avaricia. Evitaba las felonías de los señores y no transigía con los malhechores, los hideputas, los villanos y los usureros. Era nieto de Alfonso X *El Sabio* y había heredado algunas virtudes del abuelo. Conocía la poesía provenzal como nadie y se estremecía con la beldad de las damas, la justeza de los epítetos y las tonadas de los vates. Poseía una indiscutible capacidad de seducción y, a la sensatez de hombre de gobierno, unía una gran elocuencia y un furioso anhelo de vivir.

¿Qué ocurrió en su primer encuentro, en la región de Troncoso, en 1282? ¿Qué sintió el galán enamorado, el sátiro dulce de cortesanas de fuego, ante aquel cuerpo de abrasadora claridad? Se encontró con una niña, con un arcángel pálido y agotado, pero nada en ella era previsible. Antes de besarla o de abrazarla en el primer tálamo, la miró de arriba abajo. ¡Qué mirada tan despaciosa, qué paz parecía concebirse tras su mudez, en la seda tibia de sus manos! ¡Qué desorden de arterias descubrió el soberano en los senos dormidos bajo el lino y la estameña perlada! Le rogó que hablase. Isabel sólo acertó a describir los campos de su patria abandonada, las tierras inundadas de sarmientos de su nuevo país y el paso lentísimo de los aguadores camino de la aldea.

El porvenir no les reservaba ni un amago de ventura. Isabel daba continuas muestras de magnanimidad, tolerancia y respeto en una época en que Lusitania pretendía incrementar sus dominios. Muy pronto se ganó el aprecio de los portugueses, aunque jamás logró excitar el ánimo aventurero del rey. Éste no renunció a una vida licenciosa, de amores contingentes. Buscaba el escozor y la llama del erotismo con damiselas ajenas. Desaparecía a medianoche y al amanecer para rendir culto a los muslos de una molinera sin dueño. Cantaba la tristeza de una cortesana desolada desde su propio lecho o se dejaba acariciar por las princesas en las mansiones solariegas de Coimbra. Así nacieron sus hijos bastardos. El primero fue Alfonso Sánchez, aunque luego vinieron seis más. Sin asomo de recelo ni un ademán de hostilidad, Isabel de Portugal los recibió en su palacio, les destinó preceptores, capellanes, amas de cría de vientres fértiles y se encargó de su educación con una sumisión inaudita. Cuando nacieron sus dos hijos, Constanza y Alfonso, a los ocho años de su boda, no mudó de actitud.

Para entonces ya había soportado varias situaciones dramáticas de recelo por parte de su marido. A pesar de su promiscuidad, Don Dionís se reveló como un hombre celoso e inseguro. Al servicio de la reina estaba un paje cariñoso y afable, que compartía con ella su fe religiosa y una idéntica bondad de espíritu. Por otra parte, el monarca —al que ya idolatraban como *El rey labrador* o *El rey poeta*— contaba con un sirviente opuesto: codicioso, patán y embustero. Arrastrado por la envidia, advirtió a Don Dionís de la sospechosa confianza que había entre la reina y su lacayo. «Incluso departe con ella en su cámara regia», le dijo. El rey, enfurecido, salió a disimular su enojo por los alrededores. Anduvo errante durante casi una hora, sin conciencia de sí mismo, humillado en su orgullo de cazador de virgos, hasta que se topó con una calera. Una idea falaz acudió a su magín. Al ver el fuego, se le ocurrió que a la mañana siguiente podría enviar al criado de la reina para que fuese calcinado allí mismo. Se acercó a los empleados y les dijo: «Al alba mandaré a un paje a preguntar si todo va bien en la fábrica. Sin mediar palabra, lo arrojáis a la lumbre». Y así lo hizo. Al amanecer llamó al paje de su esposa y le urgió que se dirigiese a la calera. El joven oyó las campanadas de una ermita próxima y se detuvo para asistir a misa. Don Dionís le rogó a su siervo que fuese a indagar lo que había ocurrido en la fábrica de cal, con tan mala fortuna que fue el primero en llegar. De inmediato lo empujaron a la hoguera y murió carbonizado. Un instante después se presentó el otro sirviente y le dijeron que todo iba bien. Al regresar, el monarca se quedó atónito: comprendió que habían quemado a su confidente. Algo semejante le pasó otro día en que la reina había echado unas monedas de oro en su falda para repartir a los pobres, que la esperaban en la solana del palacio. Cuando salía, con el vestido vuelto hacia arriba, la sorprendió el rey y le preguntó: «¿Qué llevas ahí?» «Flores para los altares», respondió Isabel. Don Dionís desconfió y la insultó. Isabel, sin inmutarse, desplegó las ropas y le enseñó un enorme y oportuno ramo de rosas.

Los conflictos no derivaban únicamente de sus diferencias con el monarca. Éste había tenido enfrentamientos con su hermano Alfonso III, quien le reclamaba el trono de Portugal. Pero los más graves estaban aún por llegar. Alfonso, el primogénito de Isabel y Dionís, y heredero legítimo de la Corona, iba a exhibir muy pronto una personalidad irascible y mezquina. Pretendía que su padre le cediese sus derechos inmediatamente y aventuró que éste quería favorecer a su hijo natural Alfonso Sánchez. Por ello determinó tomar Lisboa, con el apoyo de su indómita suegra María de Molina, y minar la autoridad de su padre. Don Dionís no se amedrentó: preparó sus mesnadas y se dispuso a hacerle frente. No podía soportar una guerra civil y no descartó ni el calabozo ni tampoco la muerte para el heredero. La reina cruzó el campo de batalla, entre los dos batallones de soldados, y habló con su hijo. Logró treguas esporádicas y, en ocasiones, vio con gran dolor cómo su vástago se apropiaba de sus señoríos en Leiría o en Sintra. Los consejeros del rey creían que Doña Isabel colaboraba con el príncipe y se lo hicieron saber. En 1321, una vez que los rebeldes hubieron levantado por sorpresa el sitio a Lumiar, Don Dionís la envió bajo custodia a la

villa de Alenquer y la desposeyó de algunas de sus riquezas. En su retiro forzoso, sin olvidar en ningún momento el odio que consumía a sus dos seres más queridos, se entregó a obras de caridad, a grandes gestas de beneficencia. Fundó asilos y hospitales, curó enfermos y llevó una vida absolutamente piadosa. Algún tiempo más tarde, se reavivó la comezón de la disputa y de nuevo, como si fuese un hada luminosa o la corporeidad de la paz sobre las explanadas del combate, logra amortiguar las iras. El temor de su hijo, la obligó a pedirle al espurio Alfonso Sánchez que se marchase a Alburquerque, donde sería nombrado duque, aun a sabiendas de su inocencia y de su docilidad. Ni así se borraron las diferencias entre el rey y el príncipe. Sólo la muerte de Don Dionís apaciguó el reino, al menos por un tiempo, y provocó la reclusión de la soberana.

Isabel de Portugal se retiró a un convento de clarisas en Coimbra donde llevó una existencia ordenada, entregada a la oración y al éxtasis. Oía el trino de los gorriones y las alondras desde la alborada. Compartía la comida austera de las monjas, las colaciones de la madrugada y los maitines, y ejercitaba múltiples formas de caridad: daba posada al peregrino, ofrecía agua al sediento, alimentaba a los hambrientos, lavaba los pies a los macilentos y a los mendaces, iluminaba el seso a los asesinos y fornicadores, y limpiaba las heridas de los pordioseros con clara de huevo. A cualquier hora, al otro lado del huerto de los tamarindos y de los granados, se apostaba un ejército de leprosería, niños sin sueño desde hacía dos semanas, cuyos padres habían perecido en las batallas, y romeros que habían abandonado el Algarve en numerosa grey sólo para verla.

En las exequias fúnebres de su marido, al que mantuvo una devoción inviolable, le prometió que iría hasta Compostela a rendir honores en su memoria. Partió con un séquito reducido, vestimentas humildes que la magullaban en las caderas y en la espalda, y una pequeña caravana arrastrada por jumentos donde llevó toda suerte de riquezas. Al principio, nadie parecía reconocerla en la ciudad de la lluvia. Por espacio de dos jornadas se regodeó en las diversas iglesias románicas, sentándose en los coros de cantería y de madera, o caminando, desastrada y anónima, por las plazuelas, las barbacanas y las rúas empedradas de laja. Acudió a la alameda señorial. Sentada al abrigo de un árbol frondoso y circular, contempló las altas torres, las gárgolas, el cielo neblinoso y las ventanas románicas, adornadas de flores. Al día siguiente, mudada y perfumada de salvia y enebro, entró en la catedral y ofreció reliquias, diamantes, joyas y un sinfín de plegarias al santo. Todo el mundo a su paso, una vez que fue bendecida por los prelados y besada por los monaguillos, se arrodillaba. El viaje a Compostela volvería a repetirlo algunos años después, cuando tenía el cuerpo mancillado por la senectud y por todos los rincones de Portugal circulaban en conseja sus prodigios y milagros. Fue una gesta dictada por la inspiración divina. Tenía 64 años y emprendió la travesía a pie acompañada por dos sirvientas, con un báculo, una esclavina y una alforjillas de cáñamo. Se confundió con los miserables y los desheredados. Con los bandidos, los gañanes y los peregrinos. Ayunó los más de los

días y atravesó pardinas, montañas, caminos de piedra y arroyos sin peces. ¿Quién hubiera pensado que aquella dama errante, envuelta en el polvo y en la mugre de las sendas, había fundado asilos para ancianos y niños en Santarém, conventos en Alenquer y Coimbra?

El destino aún le reservaba una última misión. Desde hacía algunos años Castilla y Portugal mantenían varios litigios. El último afectaba a su propia sangre, un egregio arsenal de linajes cruzados. Su nieta María, hija del monarca de Portugal, se había casado con su primo Alfonso XI (descendiente de su malograda Constanza), pero éste la había repudiado. O cuando menos le hacía la vida imposible. No sólo la había traicionado con una hembra voraz, Leonor de Guzmán, con quien tuvo diez hijos naturales, sino que le había retirado sus riquezas y damas de compañía, y la había confinado en el monasterio de Sevilla. Isabel intentó mediar en vano. Las afrentas que había recibido su nieta María estimularon la sed de venganza del monarca lusitano. Todo estaba preparado para la batalla: se aproximaba otro fratricidio. Y en el polvorín de la ira estaban sus dos nietos y su primogénito. Isabel jugó una baza desesperada. Sabía que los ejércitos de su hijo habían levantado su cuartel general en Estremoz, y hacia allí dirigió sus pisadas. No quiso escuchar a nadie. No le importó el sol implacable, ni las culebras de la calzada, ni los forajidos que cruzaban la llanura, ni las alimañas ominosas. Apenas había visto las casas blanquísimas de cal de la población y las atalayas, cuando percibió los efectos de una calentura. Un sudor caliente le ensopaba su hábito de monja clarisa, el velo negro de seda, las tocas de lino. Bajo los espejismos del calor, creyó atisbar a su hijo. Lo vio venir con su alazán opulento, con su garbo guerrero. Ya oía el batir de cascos. Ya oía su voz pastosa y recia. Volvió a abrir los ojos, y se percató de que todo había sido una ilusión de reyerta. Víctima de una insolación, se desplomó sobre el suelo. La enterraron en Coimbra, en un bello sarcófago de piedra, el doce de julio de 1336. Una congregación de fieles acudió a sus exequias y, aún después de muerte, obró milagros extraordinarios, aunque el más impresionante de ellos ocurrió tres siglos después, cuando abrieron su tumba: su cuerpo permanecía incorrupto. Exhalaba un saludable perfume a rosas, sándalo y maderas nobles. ❧

